

La solidaridad en tiempos del agronegocio

María Soledad Córdoba
San Martín, UNSAM EDITA
2019, 294 pp.



por **Rocío González**
Universidad Nacional de San Martín
rogonzalez.73@gmail.com



Cómo citar esta reseña: *La solidaridad en tiempos del agronegocio* de María Soledad Córdoba. Rocío González, *Etnografías Contemporáneas*, año 6, N° 11, pp. 287-290.

¿Cómo se legitima socialmente un modelo productivo que reproduce y profundiza desigualdades sociales? El trabajo de María Soledad Córdoba, *La solidaridad en tiempos del agronegocio*, constituye un viaje hacia la respuesta de este interrogante. Más precisamente, la autora se interroga por los mecanismos que permiten la instalación y continuidad de un modelo impulsado por actores globales que trae profundas consecuencias ambientales, sociales y económicas en aquellos territorios rurales sobre los que inscribe su actividad. La autora encuentra en los programas de acción solidaria impulsados por el sector agroexportador un complejo mecanismo de regulación moral cuyo análisis permite comprender de qué manera se construye un “horizonte común de sentidos” que termina por legitimar el modelo del agronegocio.

El libro es una etnografía multisituada realizada entre 2009 y 2013 en Santa Fe, Chaco, Córdoba y la Ciudad de Buenos Aires. El exhaustivo trabajo de campo –que incluye más de doscientas entrevistas, fuentes secundarias, el seguimiento de distintos actores y estancias prolongadas en el campo– es acompañado por una postura reflexiva de la investigadora que reconoce su implicación en el campo como condición para la producción de conocimiento.

La investigación de Córdoba se inscribe dentro de los estudios rurales. La reconstrucción de la temporalidad de los territorios estudiados resulta de una síntesis virtuosa entre el relato de los actores, fuentes secundarias y la bibliografía especializada, entre la que se destacan los trabajos de Javier Balsa sobre las transformaciones sociales en la agricultura y los aportes de Carla Gras y Valeria Hernández. Si –como sostienen Gras y Hernández– el modelo del agronegocio configuró una nueva ruralidad globalizada que se asienta sobre cuatro pilares: tecnológico, financiero, productivo y organizacional, Córdoba se ocupa de comprender en qué medida las prácticas sociales que se desprenden de la innovación organizacional –que incluye las acciones solidarias– resultan fundamentales para la continuidad del modelo del agronegocio en nuestro país.

Frente a la decisión de estudiar el anclaje territorial de un proceso global, Córdoba aborda las relaciones de los actores económicos del agronegocio con los actores locales de estos territorios en tanto “dispositivos de intervención territorial”. Sosteniéndose en una matriz analítico-conceptual foucaultiana, la autora propone que, como “dispositivos de gubernamentalidad”, los programas solidarios estudiados forman parte de un mecanismo específico de intervención territorial: el “dispositivo solidario”. Las donaciones constituyen una salida de capital económico del circuito de reproducción capitalista (“capital solidario”) que, convertido en deuda, se espera que los destinatarios devuelvan bajo la forma de “capital moral”. Es este “capital moral” lo que motoriza la adhesión voluntaria de los individuos a los valores que permiten y sostienen la aceptación de las condiciones de profunda desigualdad, que supone la continuidad del modelo del agronegocio en los territorios sobre los que interviene.

La solidaridad en tiempos del agronegocio sugiere un recorrido poco habitual para el lector: sigue el proceso de investigación desde las primeras interacciones con el campo hasta su cierre. Esta propuesta invita a recorrer el proceso de construcción de conocimiento en toda su complejidad. Organizado en siete capítulos, el recorrido espiralado que la autora propone puede dividirse en dos partes. En los primeros tres capítulos se presenta el campo y los actores bajo estudio al tiempo que se delimitan los principales ejes analíticos. En la segunda mitad del trabajo, Córdoba profundiza cada uno de los nudos problemáticos y llega a elaboraciones conceptuales cada vez más rigurosas que surgen del diálogo con el trabajo de campo.

Desde el inicio del libro, en el primer capítulo, se evidencia la centralidad de la dimensión moral del proceso de legitimación social estudiado. Es más, esta se vincula a un “mito fundacional” a partir del cual los actores solidarios resignifican la crisis del 2001 en dos direcciones. En primer lugar, esta crisis representa para ellos el momento en el que la elite rural se involucra “con el problema del hambre” a partir de programas de donación de alimentos (principalmente de soja); y, en segundo lugar, los actores la identifican como una “crisis de valores” sobre la que este sector se propone actuar. De este modo, la intervención de esta facción de la elite se transforma en una intervención moral-ideológica.

En los capítulos segundo y tercero se caracterizan las unidades de análisis: una fundación financiada por el agronegocio dedicada a implementar talleres de “formación en valores” como estrategia de gestión del personal y de la

comunidad; una empresa agropecuaria de grandes dimensiones ubicada en la provincia de Santa Fe –que implementa los talleres de la fundación–; y la Red Agro Solidaria que nuclea distintos actores (empresas, organismos multilaterales que participan de eventos corporativos, cámaras sectoriales, asociaciones y referentes territoriales, agentes estatales, entre otros). Desde la Ciudad de Buenos Aires, esta red despliega un conjunto de programas solidarios en distintos territorios rurales organizados en lo que la fundación denomina “centros regionales” (CR). Los CR, conformados por actores locales –empresarios locales, referentes territoriales, congregaciones religiosas y docentes, entre otros–, se vinculan directamente con las poblaciones destinatarias de las acciones solidarias. La autora realiza gran parte de su trabajo de campo en dos de los territorios donde funcionan CR: la periferia de la ciudad santafesina de San Lorenzo y un barrio periférico de la localidad chaqueña de Charata.

Los capítulos cuarto y quinto, por su parte, se ocupan de explorar las alianzas que despliega la elite del agro adentro y afuera del sector; es decir, de los “dispositivos de intervención territorial”. La investigación se detiene en aquellas alianzas extrasectoriales para develar las dinámicas de construcción de redes que permiten “articular campos sociales ideológicamente distantes”. Así, se reconstruyen las lógicas internas de dos tipos de alianzas, con referentes locales, por un lado y la interlocución con el Estado, por otro. El análisis de los sentidos que estas alianzas tienen para cada uno de los actores, así como las resignificaciones que hacen los destinatarios de los programas solidarios, develan tanto las tensiones como la efectividad del “dispositivo de intervención territorial”. Este requiere un fuerte control desde Buenos Aires de las alianzas como condición para garantizar la efectividad de sus intervenciones. Es por ello que la conformación de los centros regionales resulta decisiva al momento de establecer y sostener este tipo de alianzas.

En este sentido, el capítulo cuarto analiza los conflictos de una alianza con el centro regional de San Lorenzo, que no logra ser controlada desde el centro porteño. En contraste, el quinto capítulo indaga en la efectividad que supone una alianza exitosa con el Estado a nivel local en Charata. Aunque simbólicamente el Estado sea visto como un “otro radical” –la construcción identitaria de estos actores depende en gran medida de esta alteridad–, en la práctica esta alianza dota de legitimidad las acciones de intervención territorial impulsadas por el agronegocio.

Siguiendo el recorrido espiralado del libro, en el sexto capítulo la atención vuelve al actor económico del pueblo santafesino, la empresa agroexportadora. Aquí se problematizan los distintos mecanismos de control social que los propietarios de esta última implementan sobre el territorio. El análisis deja al descubierto que los mecanismos de disciplinamiento y control social, entre los que se encuentran la implementación de los talleres de formación en valores y el establecimiento de un sistema de relaciones de patronazgo entre los dueños de la empresa y los/as trabajadores/as y sus familias, reposan no solo en un proceso de regulación moral y afectiva sobre los individuos, sino en que la coerción también es material. Las trayectorias de los asalariados dan cuenta de condiciones de “despojo y miseria” previas, contrastantes con las condiciones de empleo en

la empresa agroexportadora, que permiten su participación en la producción de plusvalía en ausencia de conflicto social.

Por último, el séptimo capítulo indaga en la construcción identitaria de los miembros de la comisión directiva de la Red Solidaria. Dicho de otro modo, este capítulo profundiza en la procedencia de los “valores” que se buscan legitimar en los territorios rurales y devela, finalmente, el horizonte de sentidos de quienes se encuentran en el centro de poder del dispositivo solidario. Desde el microcentro porteño, la autora explicita las condiciones en las que finaliza el trabajo de campo y da cierre a la investigación.

La solidaridad en tiempos del agronegocio constituye un aporte a los debates sobre la ruralidad contemporánea que merece ser destacado. Atender a las lógicas que conectan a los actores que conforman el dispositivo solidario permite comprender la manera en que un sector de la elite económica sostiene su hegemonía a lo largo del tiempo. El carácter dinámico de las alianzas que sostienen los actores abre la posibilidad de continuar estudiando los dispositivos de intervención territorial, que, tal como muestra Córdoba, se encuentran en constante actualización y perfeccionamiento.